



6 de julio de 1879¹

TENER EL ESPÍRITU DE LA REGLA

María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Tenía la intención de insistir hoy en esta recomendación, a saber, cuando os leen las reglas, o cuando las leéis vosotras mismas en particular, ponerlas resueltamente en práctica, no sólo en las cosas que os prescriben, sino con el espíritu que debe acompañar las obras, para que cada una de vosotras pueda adquirir las virtudes religiosas con el mismo espíritu indicado por la Regla.

Si tuviéramos en nuestra vida todo lo recomendado por la regla de la humildad, la regla de la obediencia, la regla de la caridad, todas las reglas que tratan de las virtudes, llegaríamos a una altísima perfección. Y sin embargo estas son *nuestras* constituciones; nuestra vida debe ser la expresión de lo que está en la Regla y en las constituciones.

Solo quiero agregar una palabra sobre la fiesta de hoy, y recordaros que nuestro Señor habiendo derramado su sangre por nosotras, debe resultar, de todos los pensamientos de amor y gratitud que este derramamiento nos sugiere, un gran espíritu de entrega. Pienso que las personas que se preocupan por la salvación de los demás, que tienden a la perfección para sí mismas, la fuerza que más necesitan, es la entrega.

No tomarse a sí misma como meta, dejar lo que tiende a sí, ir a lo que va a la salvación de las almas, a procurar la gloria de Dios, a reparar las ofensas que Dios recibe, para honrarlo, para servirlo, para sufrir por él, para sacrificarse por él, es necesariamente hacer lo contrario de lo que hacemos en este tiempo, en el que el egoísmo está muy desarrollado. Es avanzar necesariamente en lo que es el espíritu propio de la Congregación, que es un espíritu de oración, de amor a Dios, de adoración, de alabanza – la adoración del Santísimo Sacramento, la alabanza por el Oficio – de vida interior a través del recogimiento y las lecturas. Nuestra vida, por otra parte, es una vida en la que trabajamos por la salvación del prójimo en la educación y en todas las relaciones que la educación proporciona con el prójimo.

En toda esto la entrega es la gran fuerza que necesitamos. Digo la fuerza que necesitamos para olvidarnos de nosotras mismas, para entregarnos, para sacrificarnos e imitar a nuestro Señor Jesucristo, que lo dio todo, hasta la última gota de su sangre.

¹ Fiesta de la Preciosa Sangre

*Me amó y se entregó por mí*² podemos decir cada una de nosotras. Tengo que sacar esta entrega del amor que me tiene, en el deseo de mi perfección, en el deseo de la unión que debo contraer con él, unión que me hará entrar en todas sus virtudes, aprovechar todas las gracias me trajo.

² Ga 2,20